

“Siete, el secreto de la risa”*

LUZ M. ARANGO.

Este texto es mi ofrenda de muertos para Antonio Restrepo, transpirando a través de las membranas frágiles de las palabras, cayendo hexágono tras otro. Risa, muerte, Paz y un beso para vos.

1. Uno. Octavio Paz.

Escuchar a México a través de las palabras de Octavio Paz es oír su corazón, es leer los pensamientos de un país desmesurado en sus dimensiones históricas, físicas, culinarias, artísticas, étnicas. La verdad es que a México se le siente el pulso agitado, el cuerpo sudoroso, la piel seca, la rabia, la sangre caliente. Y Paz tiene la pasión del que ama mezclada con el juicio crítico y con palabras suficientemente promiscuas para juntarse con otras por el olor. Palabras con nervios y con carácter.

En *El Laberinto de la soledad* y en *Los hijos del limo* Paz tiene varios ensayos que me interesan en la medida en que me aclaran el asunto de la muerte en México. Digo aclarar por referirme más bien a dibujar un mapa en donde puedo comprender el entramado de relaciones que sustentan elementos colindantes y dispares (dentro del imaginario de la muerte en Occidente).

2. Dos. “La muerte no nos asusta, porque la vidanos ha curado de espanto”¹.

La muerte en Colombia es el retrato del difunto visto a través de un espejo; se ve, pero sólo existe como reflejo; grita, pero su voz se confunde con los trucos de la imaginación. A nuestra vida moderna, tan impermeable, inexplicablemente la toma por sorpresa la muerte. Muerte occidental, muerte silencio, negro duelo, dolor. Muerte impresa en la mentalidad moderna. El México actual participa de este imaginario de la muerte como vacío, tanto como fin de la vida, como por el ostracismo al que está condenada por el lenguaje. La muerte y el hombre modernos juegan a eliminarse mutuamente; ella porque lo tiene escrito en la frente como destino; él, con el silencio.

* OCTAVIO PAZ, *El mundo prehispánico, Risa y penitencia*, en *Los signos en rotación y otros ensayos*, Madrid, Alianza, 1991, pág. 21.

¹ OCTAVIO PAZ, *Todos los Santos, Día de los Muertos*, en *El laberinto de la soledad*, Madrid, Cátedra, 1995, pág. 193.

“En el mundo moderno todo funciona como si la muerte no existiera. Nadie cuenta con ella, todo la suprime... Pero la muerte, ya no como tránsito, sino como gran boca vacía que nada sacia, habita todo lo que emprendemos”² .

3. Tres. Habría que exorcizarla, habría que cremarla para eliminar los rastros o huellas dactilares que deja en el cuerpo cuando lo habita.

A esta muerte, la muerte moderna, los mexicanos le sacan el corazón, lo acaramelan y se lo comen. La rompen como una piñata y del fondo oscuro, salen rodando junto con mandarinas y pedazos de caña, calacas de azúcar blancas, panes de muerto, flores, papel de china.

De la olla de barro que es la muerte sale la vida chillando como un recién nacido.

“¿Quién reirá hasta morir? Se pregunta Bataille. Todos y ninguno. La antigua receta, racional y estoica, era reírse de la muerte. Pero si al reír morimos: ¿somos nosotros o es la muerte la que se ríe?”³ .

Para Paz la fiesta es una válvula de escape a través de la que el mexicano moderno se vuela del silencio, marca su territorio con pinceladas de caos: “Durante estos días el silencioso mexicano silba, grita, canta, arroja petardos, descarga su pistola en el aire. Descarga su alma”⁴ .

En el marco de la fiesta sucede un tiempo -espacio excepcional-. El tiempo cotidiano abre las piernas para parir un tiempo entre paréntesis en el que vida y muerte, espíritu y carne existen sin percatarse realmente de los rasgos que los obligan a operar como opuestos.

4. Cuatro. Si la fiesta como un juego lúdico exhuma a la muerte con la risa, el ritual como la médula del tiempo sagrado le presta la vida al romper la linealidad temporal y al sumergirla en los límites corporales.

A lo que me refiero es que, desnuda de la razón, la fiesta encarna en un personaje a la muerte y al hacerlo la vuelve juguete, la puede oler, probar, lanzarla al aire, la vuelve cómplice.

Paz dice que la muerte se venga de la vida porque la desnuda y nos permite verla tal cual es: “ huesos mundos y una figura espantable”⁵ . Yo agregaría que el hombre se venga de la muerte haciendo el proceso inverso: revistiéndola de carne, de materia, de vida.

En el marco de la fiesta como liberación de la sociedad de las normas que se ha autoimpuesto, como burla de los dioses, operan leyes distintas. Para el caso del día de los muertos el negro luto que viste a la muerte estalla en colores saltones; el

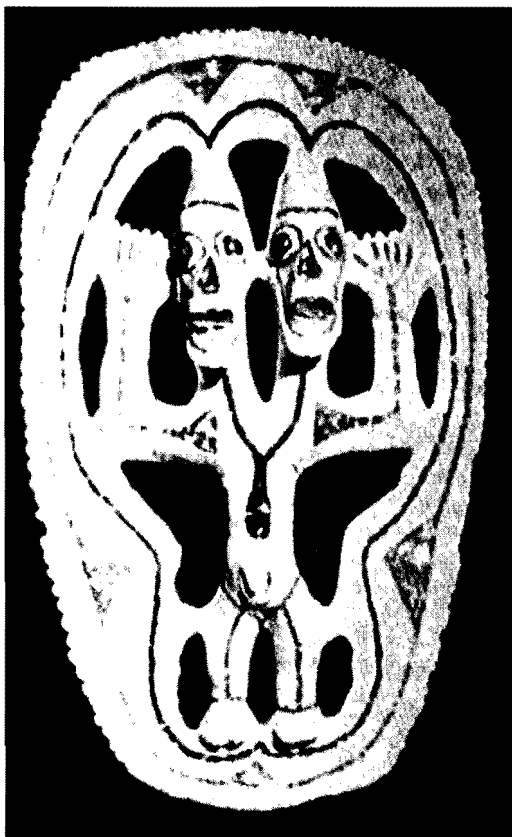


² *Ibid.*, pág. 192.

³ OCTAVIO PAZ, *El mundo prehispánico, Risa y penitencia*, en *op. cit.*, pág. 33.

⁴ OCTAVIO PAZ, *Todos los santos, día de los muertos*, en *op. cit.*, pág. 184

⁵ *Ibid.*, pág. 194.



■ Ídolo polinesio policéfalo.

silencio se abre en gritos. Rumbean el alcohol y la comida, la vida se exhibe en los placeres simples, en lo “mundano”.

En el ritual, el mexicano se reconoce en su pasado individual y colectivo. La muerte es el pretexto de la memoria para no dejar impunes los cuerpos que han habitado de maneras tan distintas el mundo. Paz dice acerca del ritual: “El tiempo deja de ser sucesión y vuelve a ser lo que fue, y es, originalmente: un presente en donde pasado y futuro al fin se concilian”⁶.

El rito de la muerte en México es un juego que pasa de la muerte moderna, es una fisura que permite una salida mínima, como un hilo de sangre, como una cinta roja en el cuello que propicia por un momento, en un tiempo desganado de racionalidad, entender la función de la muerte en el ciclo de la vida.

Muy posiblemente, dentro del sincretismo cultural que opera en el día de muertos, el aporte indígena sea éste. Para los antiguos mexicanos muerte y vida hacían parte de un ciclo infinito. “Vida, muerte y resurrección eran estadios de un proceso cósmico que se repetía insaciablemente”⁷. El aporte del catolicismo, el establecimiento de una relación personal con la muerte, cada individuo es responsable de la salvación de su alma. Consciencia de la libertad humana, de que vida y muerte nos pertenecen.

5. Cinco. El anzuelo que lanzan los mexicanos para atraer a los muertos a la vida es la comida. No es extraño que los ritos o las fiestas involucren el comer, el alimento cotidiano sacralizado por el rito mismo, por el tiempo o por el modo. Sin embargo, no deja de ser significativo involucrar lo biológico, necesidades básicas para la subsistencia del cuerpo, con la muerte que es su anulación.

En el imaginario popular los muertos se llevan el alma de la comida: el olor, el sabor, el alimento. Queda la forma, el color.

6. Seis. El imaginario de la muerte en México es doble. Muerte moderna y muerte festiva cohabitan, se retroalimentan. Cada una es producto de la otra, cada una subsiste alimentándose del cadáver de la otra, como en el cuadro del “Dr. Luther Burbank” de Frida Kahlo.

7. Siete 

⁶ *Ibid.*, pág. 183.

⁷ *Ibid.*, pág. 190.